

MIGUEL DE TORO

Es uno de los escritores modernos que ven con más respeto el ara santa de la tradición española; es uno de las más pacientes trabajadores de la prosa clásica. Viendo en París ha hecho del patriotismo literario un escudo de acero para defenderse contra la influencia triunfante del gusto francés. Y así como Maubert sentía, en sus noches de pasión artística no poder guillotinar á todos las burgueses de Francia, Toro siente no podernos ahorcar á todos los que más ó menos hemos ayudado á bautizar con aguas del Sena el vino añejo de Cervantes. Nosotros, sin embargo, lo queremos bien y lo miramos como á un excelente compañero que lucha en el docto combate de las letras con energía y con pasión.

EL APARECIDO

I.

El comedor de la famosa casa de huéspedes *La Sevillana*, en Madrid, empieza á animarse. Es la hora del almuerzo y poco á poco van llegando los zánganos habitantes de aquella colmena, en tanto que la no muy pulcra maritornes dispone perezosamente los últimos detalles de la mesa, oyendo, de paso, las cuchufletas y piropos que le dirigen los más jóvenes de los que van entrando.

El primero que se presenta, con exactitud militar, es un coronel retirado de rostro huesoso, largos bigotes, y aire de Matamoros. Aunque entrado en años, pues frisa en los cincuenta, respira arrogancia por todos los poros y hace pensar en aquellos aventureros que se lanzaron á la conquista de América. Se ha sublevado tres veces por la causa de la república, grita en todos los tonos que en España no hay vergüenza ni decoro ni nada mientras subsista la monarquía, y está plenamente convencido de que en tanto que no adornen su bocamanga los entorchado

de general, no puede haber felicidad y bienandanza para el país.

En materia de ideas, es un reloj que atrasa cincuenta años. Es un progresista del 54, que cree á pie juntillas que Riego fué un héroe y un mártir, y Espartero un grande hombre.

Casi al mismo tiempo que el coronel penetra en el comedor un joven andalúz, Alberto Castellanos, que acaba de llegar á la corte con su título de abogado en el bolsillo, su verbosidad inagotable y una cara en que, á pesar de los pocos años, han marcado su huella la crápula y la orgía. Es ocurrente, como buen andalúz, y ha ganado su título Dios sabe cómo; pues durante la carrera ha manejado el libro de las cuarenta hojas con más frecuencia que las *leyes de Partidas* y el *Derecho Romano*. Pero su osadía y su ambición corren parejas con su ignorancia; y como sabe que en España desgraciadamente la política es el reino de los osados y de los listos, y como por otra parte cuenta con la protección de encopetados personajes, es seguro que pronto se abrirá camino, logrando un acta de diputado, que es la llave ganzúa con que las gentes de su calaña fuerzan todas las puertas cerradas en general herméticamente á la inteligencia y al talento.

No le va en zaga su compañero de cuarto y paisano Ceferino Colinas, dicharachero y osado como el que más y que parece exagerar de intento su acento andalúz. Desgraciadamente no ha pasado en sus estudios de las primeras aulas del Instituto, pero compensan su ignorancia literaria sus profundos cono-

cimientos de la gramática parda. Durante un periodo de ostracismo ha logrado hacerse admitir en la tertulia de un prohombre político, que goza de gran autoridad en su partido, por más que en su vida no ha hecho otra cosa que buscar siempre el sol que más calienta y saber mudar á tiempo de casaca.

En casa del tal personaje se pasan honestamente las veladas tallando alguna que otra modesta banca. El joven Colinas, diestro en el arte de verlas venir, suele tallar de cuando en cuando, con no poca fortuna, por cuenta del dueño de la casa, con lo cual, excusado es decir que, el día del triunfo no lejano, su agradecido protector hallará medio de premiar sus relevantes méritos con un puesto lucrativo, si es que no logra una buena prebenda en cualquiera de las posesiones ultramarinas para honra de la administración española y provecho de su bolsillo; porque el joven, en materia de moral, ha sustituido el antiguo y desacreditado decálogo con estos dos mandamientos: Cobra y no pagues que somos mortales, y, tuyo ó ajeno, no te acuestes sin dinero.

Sucesivamente fueron llegando los demás huéspedes, entre los que sólo merecen fijar nuestra atención un empleado de Hacienda que, gracias á sus poderosos padrinos, no tiene que molestarse en ir á la oficina ni aun á cobrar, pues le llevan la nómina y la paga á su casa; un petulante catedrático de provincias que ha entrado en el profesorado por asalto, como los personajes de cierto drama de Echegaray, y que pasa en Madrid, con licencia, la mayor parte del tiempo, gestionando un ascenso; y por último un

clérigo buen mozo cortado por el patrón de aquel que con tanta gracia retrata Tirso en una de sus comedias.

A juzgar por la pinta, debía tener más vocación para oficial de caballería que para ministro del altar; pero su familia carecía de bienes de fortuna para costearle otra carrera, y merced á la protección de un beneficiado, tío suyo, pudo entrar con buen pie en la *carrera*.

Comprendiendo luego que su verdadero campo de batalla estaba en la corte y no en un humilde curato, se trasladó á Madrid, donde estaba seguro de abrirse más fácilmente camino con las intrigas y la política que con el latín y la teología.

Apenas sentados en torno de la mesa y servido el tradicional plato de huevos fritos, se hizo general la conversación entre los comensales. Allí salieron á relucir todas las cuestiones que estaban á la orden del día: el motín de las cigarreras, el crimen de la calle de L., la contrata de Lagartijo, la inminente caída del gobierno, mezclado todo ello con chistes de no muy refinado gusto y alusiones de color subido á cierta aventura en que habían hecho de protagonistas el páter y el joven Colinas.

Aquel comedor era en pequeño la imagen de la España que politiqua, de la España de los Rinconete y Cortadillo, que merced á la complicidad inconsciente de los que trabajan y producen, de los hombres de verdadero mérito y de los que sólo piensan en la grandeza de la patria, lo invaden todo como bandada de langostas, piensan únicamente en la sa-

tisfacción de sus apetitos, hacen pasar su petulancia y desenfado por talento y ciencia, esquilman el país, dejándolo atrofiarse en la ignorancia y la miseria, ciegan todas las fuentes de riqueza, practican en economía y en política la teoría de trampa adelante, y explotan y desprecian ó cuando más compadecen á los que fundan su ejecutoria en su propio mérito. Gente sin escrúpulo, todo lo convierten en substancia, y pudieran muy bien adoptar como empresa aquellas palabras del historiador romano: *omnia pro dominatione serviliter*.

En medio del fuego graneado de las ocurrencias chistosas de aquella turba de desocupados, el joven Colinas dijo, dirigiéndose á la criada que se desvivía por atender á los que á un mismo tiempo le pedían diez cosas diferentes:

— Oye, Pepa, ¿qué ha sido del huésped ultramarino? Nos ha enseñado una sola vez su cara de pocos amigos y se ha vuelto á meter en su concha como un caracol.

— Parece, contestó la muchacha, que no anda muy bien de salud; ayer pidió que le sirvieran la comida en su cuarto, y ha pasado toda la noche escribiendo.

— Por mi parte, añadió el cura, alabo su determinación; con su cara de desenterrado y su facha de *aparecido*, le quita á uno las ganas de comer. ¡Qué tipo! Debían llevarlo á la *Historia Natural*.

Á este punto llegaban de la conversación, cuando de pronto sonó un disparo en una de las habitaciones inmediatas.

Como movidos por un resorte, todos se levantaron y acudieron á la habitación, que no era otra que la ocupada por el huésped á quien acababan de llamar el *aparecido*.

Éste, cuyo verdadero nombre era D. Gonzalo de las Torres, se hallaba sentado en un sillón, casi pegado á su mesa de trabajo, con la cabeza caída hacia un lado. Leve hilillo de sangre brotaba de una herida que se había causado en la sien derecha, mientras que su brazo derecho, que pendía á lo largo del sillón, sostenía aún, merced á la crispación de los dedos, la culata de un casi diminuto y brillante revólver.

La muerte había sido instantánea. Cuando llegaron los compañeros de hospedaje, D. Gonzalo había dejado de existir.

Encima de su mesa había varias cartas cerradas cuidadosamente, y la mano izquierda del suicida se apoyaba sobre un pequeño volumen abierto próximamente por el centro.

En la página de la derecha se leían las siguientes palabras, que resaltaban por estar impresas en caracteres bastardos :

: Por eso dice el Espíritu Santo : *Alabé á los muertos más que á los vivos y juzqué por más dichosos que unos y otros á aquél que aun no nació ni vió los males que se hacen debajo del Sol.. »*

Entre tanto, acudió la justicia, levantóse el cadáver, trasladáronle al depósito y todo volvió al estado anterior, salvo el ligero susto que el trágico suceso produjo en los huéspedes de la *Sevillana*.

Una feliz casualidad nos ha permitido tener conocimiento de la carta en que D. Gonzalo daba cuenta á un su amigo de la funesta resolución que había adoptado y de los motivos que á ello le impulsaron.

El documento es digno de ser conocido y creemos que los lectores nos agradecerán demos aquí traslado del mismo.

II

SR. D. PEDRO VALDECUZANO.

Madrid.

Mi querido amigo : Enfermo, como sabes, de cuerpo y no muy sano de espíritu, cansado de arrastrar el grillete de la existencia, he decidido poner fin á mis contados días, apresurando mi salida de este mundo, en el que nada me detiene y del que todo parece arrojarme. Pero como no quiero que los escasos amigos que cuento achaquen mi resolución á cobardía ó apocamiento, voy á darte algunos detalles acerca de los últimos acontecimientos de mi vida, y esto bastará para que comprendas lo lógico de mi resolución.

Ya sabes que quedé huérfano y con un mediano pasar á los veintidós años. Aunque mi natural pacífico no me llevaba por el camino del desenfreno, instigado por algunos falsos amigos y deseoso al mismo tiempo de probar la fruta prohibida, rendí

culto al desorden, aunque no por mucho tiempo; una terrible enfermedad ocasionada por mis excesos, puso en peligro mi vida y me hizo comprender lo mal encaminado que iba. Apenas convalecido, decidí cambiar de vida, crearme un hogar y una familia y dedicarme al ejercicio de mi carrera antes de que se desvanecieran los restos de mi modesta fortuna.

No tardé en encontrar una esposa á medida de mis deseos, bien educada, linda y virtuosa, pero delicada como una sensitiva.

Hallándome libre como el aire y no teniendo que dar razón de mis acciones, apresuré la boda, sin tener en cuenta otra mira que mi satisfacción egoísta.

El estado, que en todo se mete y que no deja vivir al individuo, no se preocupó en poco ni en mucho del porvenir fisiológico de la familia que íbamos á crear.

Ya se ve! él, que escoge cuidadosamente los caballos sementales de sus remontas y que hace examinar con el mayor detenimiento á los jóvenes llamados al servicio de las armas, contempla con la mayor indiferencia las uniones más monstruosas, sin importársele un bledo la selección social y el mejoramiento de la raza. ¡Cuántos crímenes y cuánta miseria se evitarían con esto! Por otra parte, la desmedrada é imperfectísima educación que recibimos en escuelas y universidades, lejos de enseñarnos nada práctico acerca de la vida, parece que se propone arraigar en nuestro ánimo todo género de ideas falsas.

Pero dejemos á un lado filosofías.

Mi unión, celebrada en no muy excelentes condiciones de salud por parte de mi esposa y mía, produjo la muerte de aquélla al cabo de un año escaso de matrimonio. Quedóme una hija que parecía condenada antes de nacer á una vida de miseria fisiológica por ajenas culpas.

Abrumado de dolor por la pérdida de mi adorada esposa, y lleno de remordimiento por la parte que en semejante catástrofe había yo tenido, sólo pensé en reparar en lo posible el daño causado, asegurando á mi hija condiciones de vida y de salud que contrarrestasen los gérmenes del mal que necesariamente llevaba en su frágil organismo.

Busqué, en un pueblecito sano, excelente nodriza, de toda confianza, y tuve la suerte de hallarla. La niña se crió hermosa y hasta robusta, pero su vista me recordaba la triste suerte de su malograda madre.

Por entonces mi escasa fortuna había venido muy á menos, y como además yo no había podido ejercer mi profesión, decidí realizar lo poco que me quedaba, confiarlo, juntamente con mi hija, á un amigo de la infancia que llevaba algunos años de casado sin tener familia y embarcarme para América, donde, con la protección de un pariente cercano, allí establecido, esperaba asegurar el porvenir de mi hija, que era toda mi ambición.

Durante doce años he trabajado sin descanso, logrando reunir una pequeña fortuna á costa de grandes sinsabores y privaciones; pero al fin mi salud cada vez más precaria me ha obligado á regresar á Europa.

Aunque mi enfermedad, que se había hecho crónica, no me dejaba gusto para nada, el deseo de ver á mi hija, y de encontrar á su lado un poco de cariño que calentase mi casi aterido corazón y me hiciese más llevaderos los últimos años de mi vida, me tenía lleno de ansiosa inquietud. No tardé en llegar á Madrid, y sin avisar á mi amigo, me presenté en su casa.

La primera impresión que produjo mi presencia fué deplorable: recordaba la del comendador filtrándose al través de las paredes de la casa de D. Juan. En la mirada rapidísima que cruzaron mi amigo y su esposa, lei todo un poema de rebelión y egoísmo. Pero pasado el primer momento, tanto uno como otra se apresuraron á dispensarme amable acogida, aunque revelaba su obsequiosidad cierta imperceptible violencia. En esto entró mi hija de la calle acompañada de la criada, que había ido á buscarla al colegio. La hubiera conocido entre mil, pues era un vivo retrato de mi malograda esposa. El corazón quería saltármese del pecho al contemplar aquel rostro de niña, gracioso y delicado, en el que empezaban á vislumbrarse los albores de la juventud, y que despertaba en mi alma un mundo de recuerdos. La niña saludó amorosamente á mis amigos, según su costumbre, dándoles los cariñosos nombres de papá y mamá. ¡Qué aflicción me causaron sus caricias! Apenas si mi presencia despertó en ella un ligero movimiento de curiosidad, ¡tanto me habían cambiado los padecimientos y la vejez prematura! Entonces me convencí de que cuanto los filósofos y mora-

listas han escrito acerca de la voz de la sangre es una pura invención, una de tantas mentiras como inventa el hombre para engañarse á sí mismo.

Mis amigos debieron adivinar algo de mis sufrimientos, y tomando de la mano á la niña, la pusieron casi en mis brazos, diciéndole — ¡aquí tienes á tu verdadero papá!

¡Qué diferencia entre las caricias oficiales que me dispensó y las que acababa de prodigar á sus padres de adopción!

Después de esto, fácil es comprender que la continuación de aquella escena era para mí un martirio. Á pesar de las instancias de mis amigos para que me quedase á almorzar con ellos, me negué obstinadamente pretextando una cita muy importante, y salí con el corazón angustiado ansioso de respirar el ambiente de la calle y de perderme entre el vaivén de la indiferente multitud.

Mi vida ya no tenía objeto. El último de mis sueños acababa de desvanecerse. Por un momento mi egoísmo pensó en hacer valer sus derechos; la ley estaba de mi parte y casi llegué á repetir como el desdeñado pastor de uno de nuestros más bellos romances clásicos:

¡Piérdase vuestra amistad
Como se perdió la mía,
Que no ha de haber alegría
Donde está mi soledad!

No tardé en comprender la locura de mi intento. Después de todo, aquel cariño y aquellos lazos que

se habían formado y robustecido durante mi larga ausencia, no podían ser más legítimos.

El único que estorbaba era yo. La lucha por la existencia me había arrojado á una playa desierta, sin fuerzas, mal herido y sin medios de defensa. ¿Á qué obstinarme en conservar una vida vacía é inútil y minada además por una dolencia tan cruel como implacable? En estos casos, el suicidio es la libertad y el descanso, á pesar de lo que han dicho Rousseau, Voltaire y otros tantos. Así como así, la vida no vale la pena de que nos obstinemos en conservarla. Como ha dicho uno de nuestros grandes místicos: « Para un solo rato de placer, hay cien horas de pesar », y en otro lugar añade: « Más poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría ».

¿Quién no recuerda además los sublimes apóstrofes que desde su muladar dirigía á Jehová el humilde Job?

Creo, pues, con un personaje de los dramas de Shakspeare, que es locura insigne obstinarse en vivir cuando vivir es padecer. Eso sin contar con que la idea de la muerte no me aterra, antes me atrae y fascina como el abismo. Es más, hasta descubro en el fondo de mi espíritu su poquito de egoísmo. Mis amigos comprenderán mi sacrificio y me compadecerán y aun me llorarán. Y mi hija, cuyo porvenir dejo completamente asegurado, oirá las tristes voces que mi cariño le dirige al borde del sepulcro, y me amará muerto, ya que en vida otros me suplantaron en su corazón. Tal vez, y sin tal vez acudirá á orar y

llorar sobre mi tumba y entonces *saltarán de gozo mis huesos humillados*.

Adiós, querido amigo; seguro de que comprenderás y aun aprobarás mi resolución, te envío mi último y cordial saludo, en el momento en que me dispongo á arrancar su terrible secreto á la estinga que guarda la entrada de la misteriosa Tebas del sepulcro. » — GONZALO.

INOCHÉ DE REYES!

POR

F. URRECHA

BIBLIOTECA ALFONSO
UNIVERSIDAD NACIONAL
U. A. N. I.